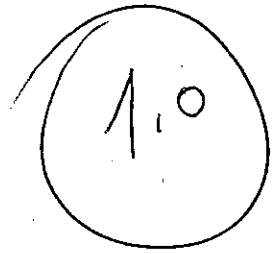


PLAGIO



Universidad de Chile  
Escuela de Derecho  
Departamento de Ciencias del Derecho  
Curso Filosofía de la Moral  
Sección Dr. Juan Ormeño Karzulovic  
Taller de Ética de las virtudes y bienes sociales  
Segundo semestre de 2005

| El trabajo posee un párrafo  
aparentemente propio !

### **El fracaso del proyecto ilustrado**

## **Indice**

1.- Introducción .....	pag. 1
2.- Desarrollo del Tema.....	pag 1
3.- El problema de la modernidad.....	pag 8
4.- Conclusión.....	pag 9
5.- Bibliografía.....	pag 11

## Introducción

El presente trabajo viene a situarnos en un debate actual frente al desarrollo conceptual de lo entendemos por ética de las virtudes, tanto desde las nociones clásicas, que justificaban la idea de *telos*, siguiendo hacia los factores que implicarían un desgaste ideológico que sufren los sistemas morales seculares. Ello nos permite presumir el fracaso del proyecto ilustrado, para dar cabida a una ética centrada nuevamente en los fines, entendidos ahora como bienes sociales, que permiten el florecimiento humano, en cuanto miran al hombre como sujeto comunitario y no aislado.

*Párrafo aparentemente original.*

## Desarrollo del tema

②

Podemos entender como ética de las virtudes aquella que tiene relación con la prudencia, como ésta la tiene con la "razón recta". El hombre en plenitud, el hombre humano, no es tanto el que desarrolla las virtudes intelectuales o las habilidades artísticas, cuanto el que cultiva y conquista las virtudes morales, entre las cuales destaca la prudencia. Esta convicción del valor de la ética en la humanización y perfección del hombre coincide con las tesis tomistas. Tomás de Aquino dio importancia al desarrollo perfectivo del hombre. Y no se ha confiado al desarrollo de los preceptos y obligaciones cuanto al profundo anhelo del hombre de conseguir la felicidad. Entendida, en comparación con la eudemonía de Aristóteles, como la Beatitud.

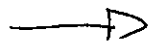
②

Tal es el itinerario tomista del hombre que tiende a la plenitud humana. Tomás de Aquino, lo había trazado como un camino hacia el fin, que en el campo moral tiene la fuerza de los principios y se recorre mediante los actos humanos, que son los morales, reiterados hasta que se logra el hábito de las virtudes. Se puede entender como convicción de que la moral no es algo añadido a la antropología, sino que es doctrina sobre el hombre, en la cual se consigue la imagen auténtica de lo que el hombre es y de lo que debe ser. El ideal del hombre coincide con el ideal del "hombre bueno", del hombre que conforma su vida con el orden de la razón, con la recta razón que le debe guiar en la existencia. Sólo el hombre que

② fuente: [www.humanitar.cl/biblioteca/articulos/d0085/p0008.htm](http://www.humanitar.cl/biblioteca/articulos/d0085/p0008.htm).

autor: ~~Abelardo~~ Abelardo Robato

artículo: "Johannes Pieper y el humanismo tomista"



es capaz de hacer coincidir su ideal de humanidad con el de la virtud es capaz de dar sentido a la existencia, aceptando la verdad profunda de su ser, de alimentarse de la verdad no sólo en el orden del pensar sino mejor aún en el de vivir, y en ese anhelo de vivir en la verdad se encuentra en diálogo constante con los demás hombres.

① Sin embargo para MacIntyre<sup>1</sup>, la situación predominante en la moral contemporánea lo relaciona con el término de "emocionalismo". Éste consiste en la convicción de que las diferentes elecciones morales carecen de todo fundamento que no sea algún tipo de emoción. Ello determina la imposibilidad de dar razón de dichas elecciones, por cuanto éstas - careciendo de fundamento racional - serían, de hecho, injustificables por arbitrarias. Consecuentemente, el debate sobre temas éticos no podría jamás llegar a conclusiones definitivas y sería, por lo tanto, estéril.

Esta situación a juicio de MacIntyre sería el resultado de una especie de catástrofe que destruyó lo que en épocas anteriores constituyó una visión moral coherente, esencialmente aristotélica, en la que las virtudes tenían una racionalidad derivada del hecho de que habían sido definidas en función de un fin o telos considerado como propio de la especie humana.

Cuando empieza la modernidad y, en especial, cuando ésta culmina con el proyecto de la Ilustración que intenta romper con todos los fundamentos metafísicos, con todo lo que considera como "prejuicio", para dar libre juego a la razón, se produce el rechazo de la metafísica aristotélica y, por lo tanto, de ese *telos* supuestamente común a toda la humanidad.

Kant como portador del proyecto ilustrado, tanto en su crítica a la metafísica, como en su búsqueda de un fundamento puramente racional para la ética, presenta una serie de falencias. El problema residiría en que Kant y la Ilustración en su conjunto no son tan radicales como pretenden ya que no ponen en duda el valor moral de las virtudes y de las normas recibidas de la tradición; en tanto sólo intentan buscar para ellas un nuevo fundamento, esta vez puramente racional.

<sup>1</sup> MacIntyre, Alasdair. "Tras la Virtud". Ed. Crítica. 1987. Barcelona. pág.15.

①: [www.uchile.cl/publicaciones/anales/8/estudios3.htm](http://www.uchile.cl/publicaciones/anales/8/estudios3.htm).

autora: Ana Escribano W.

artículo: "Raíces de la bioética en la tradición ético-filosófica occidental y actuales desafíos"

Para Schneewind<sup>2</sup>, Este sistema moral fue modelado en gran medida por doctrinas animadas por los presupuestos de la Corporación Divina, En tanto señala que los moralistas seculares se vieron llevados a reiterar en sus teorías muchos de los rasgos de las concepciones de la Corporación Divina, más aún, repiten la relación entre leyes morales absolutas y el bien producido mediante la coordinación y cooperación, que es característica esencial de las concepciones de la Corporación Divina.

① El proyecto ilustrado estaría inevitablemente condenado al fracaso, porque esas virtudes y normas pierden todo significado cuando son separadas del contexto teleológico que les otorgaba inteligibilidad. Cuando se comprueba ese fracaso, se piensa que esas virtudes y normas, que aparecen como los restos de un naufragio, carecen de todo fundamento, puesto que carecen de un fundamento racional y éste es considerado como el único válido.

① Tanto en la ética aristotélica como en la medieval, donde Tomás de Aquino marca una figura referencial, las virtudes son aquellas cualidades cuyo ejercicio capacita al hombre para el logro de un *telos* humano, propio de la especie como tal. Para Aristóteles se trata de un *telos* natural, que podría considerarse casi biológico, mientras para Tomás de Aquino el bien del hombre es sobrenatural; pero se trata de una sobrenaturaleza que completa y redime a la naturaleza. En este último caso, las virtudes son el medio que permitirá la incorporación humana al reino divino.

*(...) Así, pareciera que el concepto de virtud supone siempre la definición y aceptación de ciertas metas de la vida social y moral en función de las cuales dicho concepto resulta inteligible. Para Homero, por ejemplo, en una ética heroica, el concepto de virtud es tributario del rol social fundamental para esa perspectiva, el del guerrero; para Aristóteles, en cambio, dicho concepto sería tributario del de la "vida buena", vale decir, la vida guiada por la phrónesis, prudencia, o sabiduría práctica que trae consigo la felicidad (...)*<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> J.B. Schneewind, "La Corporación Divina y la Historia de la Ética", en Richard Porty y otros (comp..) La Filosofía de la Historia. Barcelona: Paidós (1990), pp 222 y sgtes.

<sup>3</sup> Revista Anales de la Universidad de Chile, "Raíces de la bioética en la tradición ético-filosófica occidental, y actuales desafíos" Sexta Serie, N° 8, Diciembre de 1998.

1

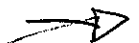
Se podría considerar la virtud como la excelencia en el desempeño de una cierta actividad humana. Aristóteles refiere por lo general la excelencia a un cierto tipo de "práctica" como podría ser tocar la flauta o cultivar la geometría. Esta noción de práctica es importante porque aporta el ámbito dentro del cual las virtudes adquieren su sentido y en función de la cual son definidas, aunque sea de manera aún incompleta.

MacIntyre entiende por "práctica" cualquier forma coherente y compleja de actividad humana cooperativa socialmente establecida, a través de la cual y en el intento de alcanzar los standards de excelencia propios de esa forma de actividad, se realizan bienes internos a ella; el resultado de tales prácticas es que la capacidad humana de lograr excelencia y las concepciones humanas de los fines y bienes involucrados se amplían sistemáticamente. Serían prácticas en este sentido, por ejemplo, la arquitectura, la agricultura, la investigación física y biológica.

En esta forma, las virtudes podrían definirse como aquellas cualidades humanas adquiridas cuya posesión y ejercicio tiende a capacitar al hombre para alcanzar los bienes que son internos a las prácticas y cuya carencia impide su logro. (Un bien interno a la "práctica de la abogacía", por ejemplo, sería llegar a ser un excelente abogado en la medida en que dicho fin no representa una meta exterior a la práctica misma, sino que surge de ella).

Ahora bien, toda práctica requiere algún tipo de relación entre los que participan en ella. Por lo tanto, virtudes o excelencias tales como la veracidad y la justicia que implican una cierta definición de la forma de esas relaciones, resultan indispensables para que esas prácticas puedan mantenerse.

Esta concepción de las virtudes como prácticas si bien es fundamentalmente teleológica, no exige la adhesión a la biología metafísica aristotélica de la potencia y el acto. Surge, sin embargo, un problema; dentro de la teleología antigua y medieval hay una unidad de la vida humana que proviene del reconocimiento de un fin del hombre como tal que integra los fines de las diversas prácticas. ¿Qué puede otorgar unidad a la vida, al si mismo humano, en nuestras actuales sociedades en las que ningún fin se percibe como dado para el hombre?



Ella sólo puede provenir de la comprensión de la vida humana como una narración que relaciona el nacimiento con el transcurrir de la vida y, finalmente, con la muerte. Por el hecho de nacer, cada uno de nosotros irrumpe en un escenario que no ha diseñado y entra a formar parte de una acción que trasciende a la que corresponde al personaje que cada uno representa. En este sentido, todos somos el personaje central de nuestro propio drama, pero desempeñamos, además, roles más o menos secundarios en los dramas de otros; debido a esta interrelación, cada drama ejerce una cierta presión sobre los restantes.

Ser el sujeto de una narración que abarca desde el propio nacimiento hasta la propia muerte significa poder responder por las acciones y experiencias que componen esa vida narrable. Supone, pues, una racionalidad que contradice la supuesta arbitrariedad atribuida por el *emotivismo* a nuestras elecciones morales, aunque no es, evidentemente, la de la razón pura kantiana.

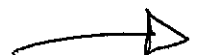
La identidad personal, por otra parte, no se entiende ya como la identidad substancial de un yo que permanece idéntico a sí mismo a lo largo de los cambios para los que representa el substrato o *subjectum*.<sup>4</sup> No es más que la identidad supuesta por la unidad del carácter requerida por la unidad de la narración porque, sin ella, no habría sujetos de los que pudieran contarse historias.

La unidad de una vida individual consiste, pues, en la unidad de una narración encarnada en una sola vida; es la unidad de una búsqueda narrativa que, por ser búsqueda supone de partida alguna comprensión de lo buscado: el bien del hombre. Sólo a lo largo de esta búsqueda, a través de la superación de las dificultades y riesgos que ella implica, se llega finalmente a la comprensión de su meta.

De manera que las virtudes son esas disposiciones que no sólo sustentan las prácticas y nos capacitan para lograr los bienes internos a ellas, sino que nos sustentan en la búsqueda del bien, al permitirnos superar los males, peligros, tentaciones y distracciones que

---

<sup>4</sup> Paul Ricoeur, "Educación y Política", Ed. Docencia, Buenos Aires, 1984.pp 144 y ss.



encontramos, y que nos aportan un creciente autoconocimiento y un creciente conocimiento del bien.

### El problema de la modernidad

③ A mi juicio, los inconvenientes de la ética y la moral modernas surgen como consecuencia del fracaso del proyecto ilustrado. El individuo, fuera de la teleología, se autoconcibe y es tratado por gran parte de los filósofos morales como soberano en su autoridad moral. Además, las reglas deben ahora encontrar un nuevo sentido que las comprenda racionalmente, para no quedar al arbitrio del deseo y de la exclusiva voluntad individual.

Difícil disyuntiva en que las narraciones totales e integradoras ceden su lugar a *los restos del naufragio* de los proyectos éticos que vivieron anulándose sin intentar síntesis paradigmáticas que legitimaran sus desarrollos. No obstante, que MacIntyre culpa de gran parte de esta situación a la descontextualización histórica del trabajo filosófico emprendido en la modernidad, habría que señalar que la historia de la modernidad también en sus contenidos objetivos y en los hechos específicos de Occidente ha tenido discontinuidad y fragmentación. Esta es una realidad que marca en sus fases últimas a esta etapa que Touraine llama de *demodernización*<sup>5</sup> y que consiste básicamente en una nueva digitalización entre lo global y lo local, entre lo instrumental y lo simbólico, todo lo cual supone una *desocialización* en lo general y una socialización en lo específico y particular.

Estos parecen ser signos de estos tiempos. Las respuestas no pueden escapar a reconocer estas consideraciones que actúan determinando los contenidos de las preguntas de siempre. Las constataciones de MacIntyre parecen premonitorias o reveladoras de una realidad que aunque puede ser descrita como angustiante se objetiva en sus propias constataciones.

③ fuente: [rehue.esociales.uchile.cl/publicaciones/mochio/06/gonzalez01.htm](http://rehue.esociales.uchile.cl/publicaciones/mochio/06/gonzalez01.htm)  
autor: Sergio González Rodríguez  
artículo: "El espejo tizado de la ética contemporánea"

<sup>5</sup> Revista Humanitas N° 23, "Josef Pieper y el Humanismo Tomista", Abelardo Lobato, pp. 8 y sgtes.



## Conclusión

①

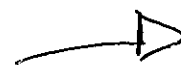
La vida buena para el hombre es la vida usada en la búsqueda del bien para el hombre. Pero esta búsqueda no podemos hacerla jamás como individuos aislados. Cada uno de nosotros es hijo de alguien, hermano de otro, ciudadano de una ciudad determinada, miembro de alguna profesión, de un país, etc. Como tal, hereda expectativas y obligaciones, es parte de una historia, portador de una tradición; todo ello representa para cada hombre lo dado, lo que otorga a su vida una particularidad moral de la que jamás puede desprenderse totalmente para ingresar en un reino de máximas universales, correspondientes al hombre como tal.

Dentro de esta perspectiva, para poder dar respuesta a la pregunta referente a qué debo hacer, debo responder previamente a otra que le es anterior: ¿De qué historia o de qué historias formo parte? Vale decir, supone reconocer la pertenencia a una tradición y a una comunidad definida por aquella.

Lo anterior exige comprender la tradición no como algo contrapuesto a la razón y cuya estabilidad niega los conflictos. Por el contrario, hay que considerar que todo raciocinio se da dentro del contexto de un modo tradicional de pensamiento y que la crítica y la invención - surgidas en el seno de esa misma tradición - permiten trascender los límites alcanzados hasta ese momento dentro de ella.

Ahora bien, las tradiciones crecen y se fortalecen, pero también se debilitan y destruyen. Lo que determina la presencia de una u otra de estas alternativas es la práctica o la ausencia de ciertas virtudes relevantes, tales como la justicia, la veracidad, el valor. Ello implica el reconocimiento de una virtud adicional, la de tener un sentido adecuado de las tradiciones a las que se pertenece, lo que permite aprehender las posibilidades para el futuro que el pasado abre en el presente.

Esta virtud, en alguna medida equivalente a la *phrónesis* aristotélica, se traduce en la capacidad para seleccionar entre las máximas disponibles en la respectiva tradición aquellas más adecuadas para ser aplicadas a un caso concreto. En la capacidad de elegir lo mejor posible para uno mismo en cuanto individuo y en cuanto hijo, padre y ciudadano, en esas



situaciones trágicas, características de la condición humana, en las que bienes rivales e incompatibles nos solicitan a la vez, con la misma exigencia, impidiéndonos hacer todo lo que deberíamos hacer. Es en definitiva, apostar como diría MacIntyre, al Florecimiento Humano.

## **Bibliografía**

Aquino, Tomas. (1997). **"De las Virtudes"**, a 8, "Si hay virtudes en nosotros por naturaleza" (trad. Patricio Serrano Guevara). Santiago de Chile: Universidad de los Andes

J.B. Schneewind, **"La Corporación Divina y la Historia de la Ética"**, en Richard Porty y otros (comp.) La Filosofía de la Historia. Barcelona: Paidós (1990), pp 222 y sgtes

Macintyre, Alasdair. "Tras la Virtud". Ed. Crítica. 1987. Barcelona. pág.15

Macintyre, Alasdair.(2001) **"Animales racionales y dependientes"**, cap 9, "Relaciones Sociales, razonamiento práctico, bienes comunes y bienes individuales". Barcelona, Paidós.

Revista Anales de la Universidad de Chile, **"Raíces de la bioética en la tradición ético-filosófica occidental, y actuales desafíos"** Sexta Serie, N° 8, Diciembre de 1998.

Revista Humanitas N° 23, **"Josef Pieper y el Humanismo Tomista"**, Abelardo Lobato, pp. 8 y sgtes.

Ricoeur, Paul. **"Educación y Política"**, Ed. Docencia, Buenos Aires, 1984.pp 144 y ss